

## 30° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del Domingo 30 del Tiempo Ordinario nos habla de la preocupación que Dios tiene porque el hombre encuentre la vida verdadera y señala el camino que es preciso seguir para alcanzar esa meta.

De acuerdo con la Palabra de Dios que se nos propone, el hombre llega a la vida plena, adhiriéndose a Jesús y acogiendo la propuesta de salvación que él nos vino a presentar.

**La primera lectura** afirma que, incluso en los momentos más dramáticos del caminar histórico de Israel, cuando el Pueblo parecía privado definitivamente de luz y de

libertad, Dios estaba allí, preocupándose por la liberación de su Pueblo y por conducirlo de la mano, con amor de padre, al encuentro de la libertad y de la vida plena.

**La segunda lectura** presenta a Jesús como el sumo sacerdote que el Padre llamó y envió al mundo a fin de conducir a los hombres a la comunión con Dios. Con esta presentación, el autor de este texto sugiere, antes de nada, el amor de Dios por su Pueblo; y, en segundo lugar, pide a los creyentes que "crean" en Jesús, esto es, que escuchen atentamente las propuestas que él vino a realizar, que las acojan en el corazón y que las transformen en gestos concretos de vida.

**En el Evangelio**, el catequista Marcos nos propone el camino de Dios para liberar al hombre de las tinieblas y para hacerle nacer a la luz. Como Bartimeo, el ciego, los creyentes están invitados a acoger la propuesta que Jesús les vino a traer, a dejar decididamente la vida vieja y a seguir a Jesús por el camino del amor y de la entrega de la vida. De esa forma, nos garantiza Marcos, podremos pasar de la esclavitud a la libertad, de la muerte a la vida.

## PRIMERA LECTURA

### Guiaré entre consuelos a los ciegos y cojos

#### Lectura del libro de Jeremías

31, 7 - 9

Así dice el Señor:

«Gritad de alegría por Jacob,  
regocijaos por el mejor de los pueblos;  
proclamad, alabad y decid:  
El Señor ha salvado a su pueblo, al resto de Israel.  
Mirad que yo os traeré del país del norte,  
os congregaré de los confines de la tierra.  
Entre ellos hay ciegos y cojos, preñadas y paridas:  
una gran multitud retorna.  
Se marcharon llorando,  
los guiaré entre consuelos;  
los llevaré a torrentes de agua,  
por un camino llano en que no tropezarán.  
Seré un padre para Israel,  
Efraín será mi primogénito.»

Palabra de Dios.

## 1.1. Ambientación

Jeremías, el profeta nacido en Anatot alrededor del año 650 antes de Cristo, ejerció su misión profética entre el 627 y el 626 antes de Cristo, hasta después de la destrucción de Jerusalén por los babilonios, el 586. El escenario de la actividad del profeta es, en general, el reino de Judá (y sobre todo, la ciudad de Jerusalén).

La primera fase de la predicación de Jeremías, abarca parte del reinado de Josías. Este rey, preocupado por defender la identidad política y religiosa del Pueblo de Dios, lleva a cabo una impresionante reforma religiosa, destinada a expulsar del país los cultos a los dioses extranjeros. El mensaje de Jeremías, en este período, se traduce en una constante llamada a la conversión, a la fidelidad a Yahvé y a la alianza.

Sin embargo, en el 609, Josías murió, en combate contra los egipcios. Joaquín le sucede en el trono. La segunda fase de la actividad profética de Jeremías, abarca el tiempo del reinado de Joaquín (609-597).

El reinado de Joaquín es un tiempo de desgracia y de pecado para el Pueblo, y de incompreensión y sufrimiento para Jeremías. En esta fase, el profeta aparece criticando las injusticias sociales, (muchas veces fomentadas por el mismo rey) y la infidelidad religiosa (traducida, sobre todo, en la búsqueda de alianzas políticas: procurar la ayuda de los egipcios, significaba no confiar en Dios y, en contrapartida, poner la esperanza del Pueblo en los ejércitos extranjeros). Jeremías está convencido de que Judá ya sobrepasó todas las medidas y que es inminente una invasión babilónica que castigará los pecados del Pueblo de Dios. Es, sobre todo, eso lo que predica a los habitantes de Jerusalén. Las previsiones funestas de Jeremías se cumplen: en el 597 Nabucodonosor invade Judá y deporta a Babilonia a una parte de la población de Jerusalén.

En el trono de Judá queda, entonces, Sedecías (597-586). La tercera fase de la misión profética de Jeremías se desarrolla, precisamente, durante este reinado.

Después de algunos años de calma sumisa con Babilonia, Sedecías vuelve a experimentar la vieja política de las alianzas con Egipto. Jeremías no está de acuerdo con que se confíe en ejércitos extranjeros más que en Yahvé. Pero, ni el rey, ni los notables prestan ninguna atención a la opinión del profeta.

El año 587 Nabucodonosor pone cerco a Jerusalén; sin embargo, un ejército egipcio viene en socorro de Judá y los babilonios se retiran. En ese momento de euforia nacional Jeremías aparece anunciando la vuelta del cerco y la destrucción de Jerusalén (cf. Jer 32,2-5). Acusado de traición, el profeta es encarcelado (cf. Jer 37,11-16) e, incluso, corre peligro su vida (cf. Jer 38,11-13). Entretanto Jeremías continúa predicando la rendición, Nabucodonosor se apodera, de hecho, de Jerusalén, destruye la ciudad y deporta a su población a Babilonia (586).

Es imposible decir con seguridad el contexto en el que apareció el mensaje que presenta el texto que hoy se nos propone.

Para algunos comentaristas, se trata de un oráculo que podría situarse en la primera fase de la actividad profética de Jeremías (reinando Josías) y estar dirigido a los israelitas del Reino del Norte. Sería un mensaje de esperanza, destinado a animar a ese pueblo que hacía ya cerca de cien años que perdió su independencia y estaba bajo el dominio asirio.

Para otros, sin embargo, este texto sería de la época de Sedecías, en algún momento entre la primera y la segunda deportación del Pueblo a Babilonia (597-586). Es la época en la que Jeremías descubre perspectivas teológicas nuevas y comienza a reflexionar sobre un tiempo nuevo que Dios va a ofrecer a su Pueblo: después de la catástrofe, será posible reiniciar todo, pues Dios tiene en mente realizar una nueva Alianza con Judá.

## 1.2. Mensaje

El texto que se nos propone comienza con una invitación a la alegría y a la alabanza (v. 7). ¿Por qué? Porque Yahvé va a reunir a su Pueblo (¿Disperso en Asiria? ¿En Babilonia?), va a conducirlo a través del desierto y va a hacerle volver a su patria. Reunir, conducir y hacer volver a la patria, son los tres verbos que, tradicionalmente, definen la acción de Dios en favor de su Pueblo, durante el Éxodo.

Después de la afirmación general, el profeta presenta algunos pormenores de este Nuevo Éxodo. De la comitiva formarán parte "*ciegos y cojos, preñadas y paridas*" (v. 8b). El ciego y el cojo son figuras tradicionales ligadas al tema del Éxodo (cf. Is 35,5), que recuerdan la situación de necesidad y de carencia en la que los exiliados yacían y, al mismo tiempo, evocan la acción extraordinaria de Dios en el sentido de liberar a su Pueblo de esa carencia y de esa necesidad. Con la imagen de la mujer preñada y de la mujer parida, el profeta representa el dolor y el sufrimiento, pero también la fecundidad, la alegría, la esperanza en un futuro nuevo y lleno de vida.

En el último versículo de nuestro texto (v. 9), Yahvé se presenta como un padre lleno de amor por su hijo/Pueblo. Ese amor se traducirá en el fin del Exilio y en el regreso de los exiliados a su tierra "entre consuelos", por un "camino llano" y fácil. Al final de ese Éxodo triunfal, Yahvé ofrecerá a su Pueblo vida abundante y fecunda ("los llevaré a torrentes de agua").

El texto da cuenta de la preocupación de Dios por la vida, la felicidad y la realización plena de su Pueblo. Incluso en los momentos más dramáticos de Israel en su camino por la historia, cuando el Pueblo parecía privado definitivamente de luz y de libertad ("ciego" y "cojo"), Dios estaba allí, preocupándose por liberarlo y por llevarlo de la mano, con amor de padre, al encuentro de la libertad y de la vida plena.

### 1.3. Actualización

- ✚ Lo que este texto nos dice, antes de nada, es que el Dios en quien creemos no es un Dios insensible y alejado de los dolores y dificultades de los hombres, sino que es un Dios sensible y atento, que cuida de sus hijos con amor padre.

A lo largo del camino que vamos recorriendo por la historia, también hacemos, como los antiguos israelitas, la experiencia de la esclavitud, de la dependencia, del miedo, de la desesperación, de la decepción.

La Palabra de Dios que hoy se nos ofrece nos garantiza que no estamos solos frente a los dramas y sufrimientos; Dios va a nuestro lado y, con amor de padre, cuida de nosotros, nos da la mano, nos conduce al encuentro de la vida eterna y verdadera. A nosotros nos queda reconocer su presencia (a veces tan discreta que no la notamos) y, con humildad y sencillez, aceptar su amor.

- ✚ En la perspectiva del profeta, la acción salvadora y liberadora de Dios se extiende a todos, incluso a los "ciegos" y a los "cojos". Los "cojos" y los "ciegos" representan aquí a aquellos que están en una situación de fragilidad, de debilidad, de dependencia y que son incapaces, por sí solos, de dejar esa condición. También con esos, o especialmente con esos, Dios quiere caminar.

En verdad, Dios no margina a nadie, ni sitúa a nadie al margen de su propuesta de salvación. Los débiles, los limitados, los marginados ocupan un lugar especial en el corazón de Dios y son objeto privilegiado de su amor y de su misericordia. En nuestra sociedad, los pequeños, los pobres, los enfermos, los ancianos, los extranjeros sin papeles son, frecuentemente, marginados y superados por el tren de la historia. La sociedad se edifica sin ellos o, al menos, sin tener en cuenta sus necesidades y carencias.

Nosotros, los creyentes, formados en la escuela de Dios, necesitamos mirarles con el mismo mirar de Dios, descubrir que también ellos son hijos queridos y amados de Dios, denunciar las estructuras que los marginan, crear mecanismos de inclusión y de integración. Es preciso ver en cada hombre o mujer, en el "cojo", en el "ciego", en el anciano, en el enfermo, en el marginal, a un hermano al que Dios ama y a quien quiere ofrecer, por nuestro medio, la vida plena, la salvación definitiva.

- ✚ Hay, en todo el capítulo 31 del profeta Jeremías (de donde está sacado el texto que hoy se nos propone) una impresionante llamada a la esperanza, a la confianza en Dios. A veces, estamos tentados de mirar nuestra vida y la historia de nuestro mundo, con ojos de pesimismo, de miedo y de desesperación. El terrorismo, los crímenes contra el medio ambiente, las dificultades económicas, las enfermedades incurables, el hambre, la miseria, los valores efímeros, parecen pintar de negro nuestro futuro y el futuro de nuestro planeta. Sin embargo, la Palabra de Dios que hoy se nos propone nos da confianza: no tengáis miedo, pues Dios camina con vosotros por la historia y, como un padre lleno de bondad que enseña a su hijo a caminar, os conducirá de la mano al encuentro de la vida verdadera. Hay, ciertamente, un futuro para nosotros, pues Dios nos ama y camina con nosotros.



## **Salmo responsorial**

### **Salmo 125, 1 - 6**

**VI.** El Señor ha estado grande con nosotros,  
y estamos alegres.

**R/.** El Señor ha estado grande con nosotros,  
y estamos alegres.

**VI.** Cuando el Señor cambió la suerte de Sión,  
nos parecía soñar:  
la boca se nos llenaba de risas,  
la lengua de cantares.

**R/.** El Señor ha estado grande con nosotros,  
y estamos alegres.

**VI.** Hasta los gentiles decían:  
«El Señor ha estado grande con ellos.»  
El Señor ha estado grande con nosotros,  
y estamos alegres.

**R/.** El Señor ha estado grande con nosotros,  
y estamos alegres.

**VI.** Que el Señor cambie nuestra suerte,  
como los torrentes del Negueb.  
Los que sembraban con lágrimas  
cosechan entre cantares.

**R/.** El Señor ha estado grande con nosotros,  
y estamos alegres.

**VI.** Al ir, iba llorando,  
llevando la semilla;  
al volver, vuelve cantando,  
trayendo sus gavillas.

**R/.** El Señor ha estado grande con nosotros,  
y estamos alegres.

## SEGUNDA LECTURA

Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec

### Lectura de la carta a los Hebreos

5, 1 - 6

Hermanos:

Todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados.

Él puede comprender a los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está envuelto en debilidades.

A causa de ellas, tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo.

Nadie puede arrogarse este honor:

Dios es quien llama, como en el caso de Aarón.

Tampoco Cristo se confirió a sí mismo

la dignidad de sumo sacerdote,

sino aquel que le dijo:

«Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy»,

o, como dice otro pasaje de la Escritura:

«Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec.»

**Palabra de Dios.**

## 2.1. Ambientación

Continuamos, en este Domingo 30 del Tiempo Ordinario, leyendo la Carta a los Hebreos, una reflexión destinada a comunidades cristianas en situación difícil, expuestas a peligros varios y que, por eso mismo, están en una situación de fragilidad, de cansancio y de desaliento. El objetivo del autor de la Carta es ayudarles a reanimar su entusiasmo inicial, a revitalizar su compromiso con Cristo y a empeñarse en una fe más coherente y más comprometida.

En ese sentido, el autor de esta reflexión invita a los creyentes a apreciar el misterio de Cristo, el sacerdote por excelencia, que el Padre envió al mundo con la misión de invitar a todos los hombres a formar parte de la comunidad del Pueblo sacerdotal.

Una vez comprometidos con Cristo, los creyentes, miembros de ese Pueblo sacerdotal, deben hacer de su vida un continuo sacrificio de alabanza, de entrega y de amor.

Al recordar a los creyentes su compromiso con Cristo y con la comunidad del Pueblo sacerdotal, el autor ofrece a los cristianos la base para revitalizar su experiencia de fe, debilitada por la hostilidad del ambiente, por la acomodación por la monotonía.

El texto que se nos propone, está incluido en la segunda parte de la Carta a los Hebreos (cf. Heb 3,1-5,10). Ahí, el autor presenta a Jesús como el sacerdote fiel y misericordioso que el Padre envió al mundo para cambiar los corazones de los hombres y para aproximarlos a Dios. A los creyentes les pide que "crean" en Jesús, esto es, que escuchen atentamente las propuestas que Cristo vino a hacer, que las acojan en el corazón y que las transformen en gestos concretos de vida.

## 2.2. Mensaje

En el universo religioso judío, el sumo sacerdote ocupaba el lugar más elevado en la jerarquía del clero del Templo y, de alguna manera, presidía la institución sacerdotal. Era el único en entrar, una vez al año, en el lugar más sagrado del Templo ("Debir", o "Santo de los Santos"), en el solemne "Día de las Expiaciones" ("Yom Kippurim"), con la sangre de un animal inmolado, para asperjar el "propiciatorio" ("kapporet") y conseguir el perdón de Dios para los pecados del Pueblo. De esa forma, el sumo sacerdote se hacía el intermediario por excelencia de la relación entre los hombres y Dios.

Para la mentalidad judía, hay tres elementos fundamentales ligados a la figura del sumo sacerdote.

En primer lugar, es un escogido de Dios: el sumo sacerdote no es alguien que, por su iniciativa personal, se propone para el cargo; sino que es alguien a quien Dios



llama y a quien confía esta misión (fue Dios quien, por su iniciativa, llamó a Aarón y a toda su descendencia).

En segundo lugar, el sumo sacerdote es un hombre tomado de entre los hombres: su humanidad no le hace inepto para una misión tan sublime; al contrario, la fragilidad y debilidad que resultan de su humanidad, le hacen apto para comprender los errores y los pecados de los otros hombres por quienes intercede.

En tercer lugar, el sumo sacerdote tiene una función mediadora: su misión es "ofrecer dones y sacrificios por los pecados", presentando ante Dios el arrepentimiento de los hombres y llevando a los hombres el perdón de Dios, de esa forma, él reconstruye la relación de los hombres con Dios.

En la perspectiva del autor de la Carta a los Hebreos, Jesús es el sumo sacerdote por excelencia.

En primer lugar, porque fue llamado y designado por Dios para esta misión (a pesar de no ser del linaje del sacerdote Aarón); el hecho de ser Hijo de Dios, da a su sumo sacerdocio una categoría, una dignidad y una cualidad suprema, una vez que lo pone en contacto personal e íntimo con el Padre, dando de esa forma una expresión más completa a esa mediación que él está llamado a realizar entre Dios y los hombres.

En segundo lugar, porque él también fue hombre. Al asumir nuestra humanidad, experimentó nuestra debilidad y fragilidad y se hizo capaz de entender nuestras flaquezas y nuestros pecados y de hacerse nuestro mediador e intercesor ante el Padre.

Su proximidad e intimidad con el Padre, por un lado, y su humanidad, por otro, hacen de él el perfecto mediador e intercesor, capaz de restablecer definitivamente la comunión entre Dios y los hombres. De hecho, él vino a nuestro encuentro, nos mostró el amor del Padre, nos invitó a eliminar el egoísmo y el pecado que nos apartaban de la comunión con Dios, nos llamó a formar parte de la familia de Dios y nos enseñó qué teníamos que hacer para ser hijos de Dios.

### 2.3. Actualización

- ✚ Al presentar a Jesús como el sumo sacerdote, llamado por el Padre y enviado al mundo para liberar a los hombres del egoísmo y del pecado y para conducirlos a la comunión con Dios, el autor de la Carta a los Hebreos nos invita (todos los textos que la liturgia de este Domingo nos proponen apuntan en esa misma dirección) a contemplar la grandeza del amor que Dios nos ofrece.

La contemplación de la encarnación de Jesús y de todo lo que él realizó mientras recorrió los caminos y las aldeas de Palestina nos habla de un amor sin límites, expresado en gestos concretos y que culmina en una entrega total, en la cruz. A nosotros nos queda contemplar a Jesús, escucharle, aceptar su propuesta, apartar de nuestra vida el egoísmo y el pecado, seguirle por ese camino de donación y entrega que irá llevándonos a formar parte de la familia de Dios y a poseer la vida verdadera.

✚ Para el autor de nuestro texto, al asumir nuestra humanidad, Jesús experimentó nuestra fragilidad, nuestra debilidad, nuestra dependencia; se hizo, por tanto, capaz de comprender nuestros errores y faltas y de contemplar nuestras deficiencias con bondad y misericordia.

Hay dos consecuencias, para nuestra vida concreta, que surgen de aquí.

La primera, nos lleva a la confianza y a la esperanza: junto a Dios nuestro Padre, tenemos un intercesor que entiende nuestras dificultades y que, a pesar de nuestros fallos, sigue apostando por integrarnos en la familia de Dios.

La segunda, nos lleva al compromiso con los hermanos: la solidaridad de Cristo con nosotros nos invita a la solidaridad con los pequeños, con los últimos, con los pobres, con aquellos que el mundo rechaza y margina; nos invita a identificarnos con los sufrimientos y angustias, con las alegrías y esperanzas de cada hombre o mujer; nos invita a hacer lo que esté a nuestro alcance para promover a aquellos que son humillados, explotados, incomprensidos, situados al margen de la vida.

✚ Los planes de Dios para salvar y liberar a los hombres se realizan porque Cristo, el Hijo, asumió los proyectos del Padre y vivió siempre en obediencia incondicional a las propuestas de Dios.

Hoy los proyectos de salvación y de liberación que Dios tiene para los hombres continúan realizándose a través de aquellos que se adhieren a Jesús y quieren, como él, vivir en la estricta obediencia a los planes de Dios.

¿Me siento, como Jesús, testigo de la salvación de Dios ante mis hermanos?

¿Mi egoísmo y mi comodidad alguna vez me desvían del cumplimiento de los proyectos de Dios?

¿Aquellos con los que me cruzo, a cada paso, por los caminos del mundo, han encontrado en mi una propuesta creíble de vida y de liberación?

## Aleluya

2 Tm 1, 10

Nuestro Salvador Jesucristo destruyó la muerte  
y sacó a la luz la vida, por medio del Evangelio.

## EVANGELIO

### Maestro, haz que pueda ver

✠ **Lectura del santo evangelio según san Marcos**  
10, 46 - 52

En aquel tiempo,  
al salir Jesús de Jericó con sus discípulos y bastante gente,  
el ciego Bartimeo, el hijo de Timeo,  
estaba sentado al borde del camino, pidiendo limosna.  
Al oír que era Jesús Nazareno, empezó a gritar:  
— «Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí.»  
Muchos lo regañaban para que se callara.  
Pero él gritaba más:  
— «Hijo de David, ten compasión de mí.»  
Jesús se detuvo y dijo:  
— «Llamadlo.»  
Llamaron al ciego, diciéndole:  
- «Ánimo, levántate, que te llama.»  
Soltó el manto, dio un salto y se acercó a Jesús.  
Jesús le dijo:  
— «¿Qué quieres que haga por ti?»  
El ciego le contestó:  
— «Maestro, que pueda ver.»  
Jesús le dijo:  
- «Anda, tu fe te ha curado.»  
Y al momento recobró la vista  
y lo seguía por el camino.

**Palabra del Señor.**

### 3.1. Ambientación

El Evangelio de este Domingo nos presenta la última etapa del camino (geográfico pero, también, espiritual) que Jesús inició con los discípulos en Galilea y que le conducirá a Jerusalén, al encuentro de la pasión, muerte y resurrección.

Es la última escena de un recorrido que no ha sido fácil y en el cual los discípulos se aferran a sus ideas y proyectos propios, como aquellos que no ven, no queriendo entender y aceptar que el camino del Reino debe pasar por la cruz y por la entrega de la vida.

El episodio que hoy se nos propone, nos sitúa a la salida de la ciudad de Jericó. Jericó, la "ciudad de las Palmeras", es un oasis situado a orillas del Jordán, al norte del Mar Muerto, y que dista unos 30 kilómetros de Jerusalén.

En la época de Jesús, era una ciudad relativamente importante, donde Herodes el Grande, había edificado un lujoso palacio de Invierno.

Además de Jesús, Marcos sitúa en el centro de la escena a un mendigo ciego con el nombre de Bartimeo ("hijo de Timeo"). Este nombre, medio arameo ("bar") y medio griego ("timaios"), es un nombre muy inusual en el ambiente hebreo palestinese donde se sitúa la historia (nunca aparece entre los cerca de 2.000 nombres propios que se mencionan en el Antiguo Testamento); a los lectores romanos de Marcos, con todo, el nombre debía evocarles a "Timeo", uno de los más conocidos "diálogos" de Platón. Algunos autores piensan que, más que un personaje histórico, el ciego Bartimeo sería una figura simbólica.

Los "ciegos" formaban parte del grupo de los excluidos de la sociedad palestina de entonces. Las deficiencias físicas eran consideradas, por la teología oficial, como resultado del pecado. Según la concepción de la época, Dios castigaba de acuerdo con la gravedad de la culpa. La ceguera era considerada el resultado de un pecado especialmente grave: una dolencia que impidiese al hombre estudiar la Ley, era considerada como la maldición de Dios por excelencia. Por su condición de impureza notoria, los ciegos estaban impedidos para servir de testigos en un tribunal y para participar en las ceremonias religiosas del Templo.

### 3.2. Mensaje

Es natural que Jesús encontrara, cuando salía de Jericó, a un ciego que mendigaba junto a la puerta de entrada de la ciudad. Parece claro que, alrededor de ese acontecimiento, Marcos construye una catequesis para sus lectores.

¿Quién es, en la catequesis de Marcos, este "ciego" que Jesús encuentra al lado del camino, cuando se dirige a Jerusalén? Representa a todos esos a quienes la teología oficial consideraba pecadores, malditos, marginales, alejados de Dios y de su propuesta de salvación.

El ciego de nuestra historia está sentado a la vera del camino, probablemente pidiendo limosna. El estar sentado significa acomodado, instalado, conformado. Él está privado de la luz y de la libertad y está conforme con su triste situación, sabiendo que, por sí sólo, es incapaz de salir de ella. El pedir limosna (el texto refiere explícitamente su condición de mendigo, v. 46), indica la situación de esclavitud y de dependencia en la que el hombre se encuentra.

Con todo, el paso de Jesús de Nazaret descubre al ciego la conciencia de su situación de miseria, de dependencia, de esclavitud. Entonces, Bartimeo comprende el sin sentido de su situación y tiene la voluntad de apostar por otra experiencia.

El paso de Jesús por la vida de alguien es, siempre, un momento de toma de conciencia, de cuestionamiento, de desafío, que lleva a poner en crisis la antigua vida y a sentir el imperativo de ir más allá.

Sin embargo, Bartimeo es consciente de su debilidad y siente que, sin la ayuda de Jesús, continuará envuelto en las tinieblas de la dependencia, de la esclavitud, de la instalación. Por eso pide: "*Hijo de David, Jesús, ten compasión de mí*" (v. 47). El título "Hijo de David" es un título mesiánico. Por tanto, Bartimeo ve en Jesús a ese Mesías liberador que, según la mentalidad judía, había de venir no sólo para salvar a Israel de los opresores, sino también para dar vida en plenitud a cada miembro del Pueblo de Dios.

Antes de referir la intervención de Jesús, Marcos describe la reacción de los que están alrededor de Jesús: reprendían al ciego y querían hacerlo callar (v. 48). Cuando alguien encuentra a Jesús y quiere dejar la vida antigua para unirse al Reino que Jesús vino a proponer, encuentra siempre resistencias (que vienen, a veces, de los familiares, de los amigos, de los compañeros).

Estos que reprenden y mandan callar al ciego representan, por tanto, a todos aquellos que ponen obstáculos a quien quiere dejar su situación de miseria y de esclavitud para adherirse a la propuesta liberadora que hace Cristo. No obstante, la oposición no sólo no desanima al ciego, sino que le lleva a gritar todavía más fuerte: "*Hijo de David, ten compasión de mí*". La incompreensión o la oposición de los hombres nunca hacen desistir a aquellos que ven pasar a Jesús y que ven en él una propuesta de vida y libertad.

Jesús se paró y mandó llamar al ciego. La escena nos recuerda los relatos de llamada de los discípulos (cf. Mc 1,16-20; 2,14; 3,13). Los mediadores que transmiten al ciego las palabras de Jesús le dicen: "*Ánimo, levántate, que te llama*" (v. 49). O sea, deja tu situación de miseria, de esclavitud y de dependencia, porque Jesús te llama. La llamada es siempre, en estos casos, a hacerse discípulo, a seguir a Jesús por el camino del amor y de la donación de la vida.

Como respuesta, el ciego tiró la capa, dio un salto y fue a donde estaba Jesús (v. 50). La capa estaría colocada debajo del ciego, como manta, o delante para recoger las monedas que le echaban; en cualquier caso, la capa es todo lo que un mendigo posee, la



única cosa de la que podría desprenderse (otros dejarán la barca, las redes o la mesa donde recogían impuestos). El echar fuera la capa significa, por tanto, el dejar todo lo que se posee para ir al encuentro de Jesús. Es un corte radical con el pasado, con la vida vieja, con la anterior situación, con todo aquello en lo que se apostó anteriormente, a fin de comenzar una vida nueva al lado de Jesús.

Jesús preguntó al ciego: "*¿Qué quieres que haga por ti?*". Es la misma pregunta que, poco antes, Jesús hiciera a Juan y a Santiago (cf. Mc 10,36). La identidad de la pregunta acentúa, con todo, la diferencia en la respuesta. Los dos hermanos querían sentarse al lado de Jesús y ver concretados sus sueños de grandeza y de poder; el ciego Bartimeo, al contrario, cansado de estar sentado en una vida de esclavitud y de ceguera, quiere encontrar la luz para seguir a Jesús (v. 51).

Jesús responde a Bartimeo: "*Anda, tu fe te ha curado*" (v. 52). La fe no es la simple adhesión a determinadas verdades abstractas, que el creyente acepta acríticamente; sino que, en el contexto neotestamentario, la fe es la adhesión a la persona de Jesús y a su propuesta de salvación. Por eso, Marcos termina su historia diciendo que el ciego recuperó la vista y siguió a Jesús, esto es, se hizo discípulo de Jesús.

Al adherirse a Jesús y a su propuesta de salvación, al aceptar seguir a Jesús por el camino del amor y de la entrega de la vida (Jesús se prepara para entrar en Jerusalén, donde va a hacer entrega de su vida en favor de los hombres), Bartimeo encontró la salvación: dejó la vida de oscuridad, de esclavitud, de dependencia en la que estaba y nació a esa vida verdadera y eterna que, a través de Jesús, Dios ofrece a los hombres.

El ciego Bartimeo al que encontramos mendigando, sentado a la vera del camino, a la salida de Jericó representaba, inicialmente, a los pecadores que vivían lejos de Dios y al margen de la salvación. Después de encontrar a Jesús, Bartimeo se transforma y se convierte en el prototipo del verdadero discípulo. Destinatario privilegiado de la propuesta de salvación que Jesús trae, acoge sin vacilaciones la llamada que se le hace, se libera de la vida vieja y, con alegría, decisión y entusiasmo, acepta, sin condiciones, seguir a Jesús por el camino del amor y de la donación de la vida. Igual que Bartimeo los discípulos de Jesús son invitados a identificarse con él.

### 3.3. Actualización

- ✚ La situación inicial del ciego Bartimeo (que yace en la oscuridad, dependiente, acomodado, conforme con su situación), evoca una realidad que conocemos bien. Evoca la condición del hombre esclavo, prisionero del egoísmo, del orgullo, de los bienes materiales, de la pereza, de la vanidad, del éxito; evoca la condición de aquellos que están acomodados en su situación de miseria, instalados en sus prejuicios y proyectos personales, conformes con una vida de horizontes limitados; evoca la condición de aquel que se siente rehén de sus vicios, hábitos

y pasiones y que siente su incapacidad para romper, por sí mismo, las cadenas que le impiden ser libre.

¿Esta situación será una situación insuperable, a la que el hombre está condenado de forma permanente?

✚ La Palabra de Dios que se nos propone nos garantiza que la situación del hombre ciego, prisionero de la oscuridad, no es una situación irresoluble, obligatoria, sin remedio. Jesús vino al mundo, enviado por el Padre, con una propuesta de liberación destinada a todos aquellos que buscan la luz y la vida verdadera. Ese Jesús de Nazaret que se cruzó con el ciego a la salida de Jericó, continúa cruzándose hoy, de forma continuada, con cada hombre y con cada mujer en los caminos de la vida y les ofrece, sin cesar, la propuesta liberadora de Dios. Es necesario, sin embargo, que no nos cerremos en nuestro egoísmo y en nuestra autosuficiencia, sordos y ciegos a las llamadas de Dios; es necesario que nuestra preocupación por los valores efímeros no nos distraiga de lo esencial; es preciso que aprendamos a reconocer los retos de Dios en esos acontecimientos cotidianos con los que, tantas veces, Dios nos interpela y cuestiona.

✚ ¿Qué implica el aceptar la propuesta que Jesús realiza?  
Fundamentalmente implica, como sucedió con Bartimeo, hacerse discípulo. Ser discípulo de Jesús, es adherirse a su persona, acoger sus valores, vivir en obediencia a los proyectos del Padre, hacer de la vida un don de amor a los hermanos; es solidarizarse con los pequeños, con los pobres, con los perseguidos, con los marginados y luchar por un mundo donde todos sean acogidos como hijos de Dios, iguales en derechos y en dignidad; es luchar contra las estructuras que generan injusticia, opresión y muerte; es ser testigo, con palabras y con gestos, de verdad, de justicia, de paz, de reconciliación. Quien acepta seguir el camino del discípulo, elige vivir en la luz y está contribuyendo a la construcción de un mundo nuevo.

✚ Cuando oímos la "llamada" de Dios, ¿cuál debe ser nuestra respuesta? Bartimeo, después de oír decir que Jesús le llamaba, tiró fuera su capa y corrió al encuentro de Jesús. El gesto de Bartimeo representa, aquí, la renuncia inmediata a la vida antigua, al egoísmo, a la comodidad, a la esclavitud, a los comportamientos incompatibles con la adhesión a Cristo y a ese camino nuevo que Jesús invita a recorrer. Eso es, también, lo que pide Jesús a todos aquellos a quienes llama a la vida nueva

✚ En la historia del encuentro de Bartimeo con Cristo, aparecen otros personajes, con papeles varios. Unos, constituyen un obstáculo para la adhesión de Bartimeo a Cristo, otros se presentan como intermediarios entre Cristo y Bartimeo y transmiten al ciego las palabras de Jesús.

Este hecho sirve para que nos hagamos conscientes del papel de aquellos que nos rodean en nuestro camino de fe. A lo largo de nuestro caminar, encontramos siempre personas que nos ayudan a ir al encuentro de Cristo y personas que (muchas veces con buenas intenciones) intentan impedirnos que nos encontremos con Cristo.

Necesitamos aprender a discernir entre las distintas opiniones que se nos proponen y dar la debida importancia a quienes nos ayudan a descubrir el camino que lleva a la vida verdadera.

✚ Quien encuentra a Cristo y acepta el reto de vivir como discípulo ¿tiene, a partir de ahí, un camino fácil? De ninguna forma.

Tiene que abandonar la vida cómoda e instalada en la que vivía y enfrentarse a una nueva realidad, en un desafío permanente, en un cuestionamiento constante; tiene que aprender a enfrentarse a las críticas, a las incomprensiones, a los enfrentamientos con aquellos que no comprenden su opción; tiene que recorrer, día a día, el difícil camino del amor, del servicio, de la entrega, de la donación de la vida. Es necesario, sin embargo, que el discípulo sea consciente de que el camino de Jesús no es un camino que lleva a la muerte, sino que es un camino que lleva a la resurrección, a la vida verdadera y eterna.